

los del hombre, Pamplona / Kassel, Universidad de Navarra / Reichenberger, 2010. [*Autos Sacramentales completos*, 67] ISBN: 978-3-937734-75-0. 335 páginas.

El proyecto de edición de los *Autos Sacramentales completos* de Calderón que desarrolla el GRISO de la Universidad de Navarra, ofrece una edición crítica del auto sacramental *Los alimentos del hombre*, realizada por Miguel Zugasti, número 67 de la colección.

Para la presente edición, Zugasti utiliza como principal fuente de información sobre las fiestas de Corpus Christi del año de 1676 el legajo 2-200-1 del Archivo de la Villa de Madrid. Editada buena parte de su documentación por Pérez Pastor y luego por Shergold y Varey, el documento atesta que para este año Calderón escribió los autos titulados *Los alimentos del hombre* y *La serpiente de metal*, además de aportar también datos importantes sobre su estreno y puesta en escena, los valores de las representaciones, los integrantes de las compañías, etc. Pero la importancia del documento para el presente trabajo reside en que el legajo contiene asimismo las memorias de apariencias y de demasías relativas a *Los alimentos del hombre*. Dicha memoria de apariencias, firmada y rubricada por Calderón contribuye para esta edición con indicaciones muy precisas referentes a la construcción de tramoyas, carros, escenarios... Mientras la memoria de demasías aporta las modificaciones mencionadas por los escenógrafos sobre el plan inicial, con sus costes.

Otro punto añadido por Zugasti en su introducción es lo que concierne las piezas breves que acompañaban el auto. Según él, a principios del siglo XVII la costumbre era anteponer una loa al auto y después añadirle un entremés al final para que el festejo terminara con un tono cómico contrastando con el serio del auto debido al aumento de la presión del público que demandaba piezas risibles en el festejo sacramental. Sin embargo, el hecho de determinar qué textos breves acompañaron los autos hoy es casi una labor imposible, en su opinión: la reescritura de las obras, el intercambio entre ellas y otros detalles más impiden un análisis más preciso. En este sentido, el editor resalta

la labor llevada a cabo por Rafael Zafra, quien en sus trabajos intenta de verificar la relación palpable entre las loas y los autos.

No obstante, se ha podido determinar la loa del auto *Los alimentos del hombre*. Según las observaciones de Zafra en la memoria de demasías de este año, hay indicios de que la loa que está referida en este documento es la *Loa del reloj*, hipótesis que se ve corroborada por el manuscrito conservado en la Biblioteca del Arsenal de París, con la signatura Ms. 8313 (15 Esp.), donde aparecen copiadas las dos loas y los dos autos que fueron escritas por Calderón para las fiestas del Corpus de 1676 (fols. 70r-79r). Sin embargo, Zugasti reitera sobre el carácter acomodaticio de las loas y de su capacidad de utilizarse en otras representaciones de autos sacramentales. En el caso de la *Loa del reloj*, debidamente anotada en esta edición, se antepone a la obra *A tu prójimo como a ti*, una información adquirida en las ediciones de los autos y loas calderonianos supervisadas por Pando y Mier en los años 1717 y 1718. Otro ejemplo, entre otros aclarados en esta edición, de que la conexión loa-auto no es algo fijo está en el volumen intitulado *Flores de el Parnaso* (Zaragoza, Pascual Bueno, 1708), una colectánea de teatro breve escrito por los «mejores ingenios de España» donde aparece titulada como *Loa sacramental del reloj* y que menciona el auto *El tesoro escondido*. De hecho, *Los alimentos del hombre*, así como el auto calderoniano *No hay instante sin milagro*, fue también representado en Sevilla para el Corpus de 1677.

Zugasti añade datos al respecto de las reposiciones de la obra a lo largo del siglo XVIII. Basándose en las sólidas investigaciones de Andioc y Coulon, afirma que el público madrileño vio este auto en 1717 con la compañía de José de Prado con 21 representaciones; en 1735, con la compañía de Manuel de San Miguel con 14 representaciones; y por último en 1763, con 20 representaciones, con la compañía de María Hidalgo, la Guerrera.

Un interesante detalle aportado en esta edición son los datos referentes a las aproximaciones musicales al auto. Cabe mencionar el trabajo de Antonio de Soler (1729-1783), maestro de capilla del monasterio de San Lorenzo del Escorial, quien en 1756 compuso la música para *Los alimentos del hombre*, loa y auto. Ya en nuestros días, el 23 de febrero de 1999, se reestrenó la pieza con motivo de la inauguración del auditorio Padre Antonio Soler de la Universidad Carlos III de Madrid. El editor Sierra Pérez recogió diversas partituras de Soler ins-

piradas en autos calderonianos, tales como: *Psiquis y Cupido* (para Madrid), *Las órdenes militares*, *Los alimentos del hombre*, *Primero y segundo Isaac*, *Ni amor se libra de amor*, *La hidalga del valle*, *Afectos de amor y odio*, *Auristela y Lisidante* y *La hija del aire*. Otro compositor a quien Zugasti menciona con respecto a este tema es el alemán Bernd Alois Zimmermann (1918-1970): su ópera radiofónica *Des Menschen Unterhaltsprozeß mit Gott* estrenó en la radio de Colonia en 1952, para la cual «utilizó literalmente la traducción alemana del auto sacramental *Los alimentos del hombre* de Calderón».

Prosigue un análisis de la estructura del auto. El argumento de la obra gira en torno al paradigma compositivo de un juicio o pleito, situación igualmente conocida en otros autos calderonianos, como *El pleito matrimonial del cuerpo y alma* o *El indulto general*. El pleito civil por alimentos que se ofrece fue conducido magistralmente por Calderón, guardando un total equilibrio entre el plano literal del juicio y el alegórico: el alimento eucarístico es el único capaz de salvar al linaje humano. Del mismo modo, se informa de que el derecho de alimentos era, bajo el punto de vista legal, un asunto candente en la época. De hecho, muchos textos jurídicos lo abordan desde el siglo xvi: el primer hito sobre el tema aparece en el año de 1593; las compañías de Gaspar de Porres y Alonso de Cisneros prepararon cuatro autos para las fiestas madrileñas del Corpus; Rojas Zorrilla en 1647 estrena para las fiestas sacramentales de la corte el auto *El gran patio de palacio* que tiene como fundamentación una estructura judicial sobre el derecho de alimentos que el Hombre exige a Cristo; y, para finalizar, en 1676, aparece Calderón con su auto *Los alimentos del hombre*. Según Zugasti, la coincidencia argumental del pleito civil de alimentos en los tres autos es significativa pues «se trata de la reutilización de un mismo paradigma compositivo por distintos dramaturgos y en épocas diferentes, con un margen de más de ochenta años entre ellos» (p. 28). El editor también contrasta las dos últimas obras, afirmando que la de Calderón es muy superior a la de Zorrilla debido a su perfecta imbricación del nivel literal (juicio civil) con el alegórico o metafórico (eucaristía).

El estudio textual del auto consiste en el cotejo de diecisiete testimonios y el análisis de sus variantes. El texto resultante ofrecido nace de una combinación ecléctica realizada a partir de tres ediciones, ante la ausencia de un manuscrito autógrafo o debidamente autenticado

por el dramaturgo. Asimismo, Zugasti evalúa como estos tres testimonios se acercan al arquetipo perdido [O].

Para la loa se conservan un total de once testimonios antiguos: seis manuscritos y cinco impresos del siglo XVIII. Asimismo, teniendo en cuenta que tales manuscritos no son de mano de Calderón y que tampoco hay indicios de que él los autentique, el trabajo resulta en otra edición ecléctica. Zugasti destaca que en el total de los manuscritos se mantiene la vinculación de esta loa concreta con el auto *Los alimentos del hombre*. Mientras que el panorama cambia con los otros impresos: dos, la edición de *Flores de Parnaso* y de *Arcadia de entremeses*, afirman que la loa pertenece al auto *El tesoro escondido* y la bautizan como *La loa del reloj*; la edición de Pando y de Fernández de Apontes anuncian lo propio del auto *A tu prójimo como a ti*. Además, los escasos 300 versos que figuran la obra, no permiten llegar a conclusiones acerca de un posible estema, aunque sí cabe lugar a algún panorama textual.

En conclusión, este riguroso trabajo de Miguel Zugasti ofrece el texto pulido de un auto con el estudio pertinente y se suma a la colección de *Autos sacramentales completos* de Calderón, de probada calidad y solvencia, que merece la atención de todos quienes deseen acercarse a la producción sacramental del dramaturgo.

Karine Delmondes
GRISO-Universidad de Navarra